

Aquella asignatura insólita

Vicente EMA ÁGUILA*

Quienes, dada su antigüedad en la enseñanza, hayan vivido las fases evolutivas de ésta en los dos últimos decenios, recordarán sin duda alguna aquellos tiempos en los que jóvenes de diez a catorce años de edad (grado elemental de bachillerato) frecuentaban asiduamente las aulas de los institutos.

Por aquel entonces, como en la actualidad sucede, se impartían en nuestros centros diversas disciplinas de corte tradicional, inscritas desde siempre en alguna de las dos ramas fundamentales del saber. Pero una asignatura insólita, recién adscrita al ámbito, había venido en cierto modo a romper con la tradición o a perturbarla, desde el mismo día de su introducción como práctica ordinaria que formaría parte de los horarios de clase de los chicos.

Aquella disciplina —conjunto de tareas manuales a desarrollar— recibió la denominación de *formación manual*. Y tuvo vigencia entre los últimos años de los sesenta y primeros de la década siguiente.

La formación manual, hoy constreñida al terreno de la EGB, no había sido atraída hacia la enseñanza media de entonces por un puro azar o capricho de la administración. Por aquella época, una comisión de la UNESCO, que estudiaba aspectos de la educación, había hecho pública la recomendación de adoptar el trabajo manual educativo como medio eficaz de impulsar y perfeccionar la habilidad de los alumnos, y de estimular la capacidad creativa de los mismos. Los medios de comunicación, por su parte, dieron amplia difusión a aquellas recomendaciones, y algunos sectores de la sociedad tomaron conciencia de que era necesario adoptar aquello que, si bien aún era ajeno a la enseñanza española de modo generalizado, había estado funcionando en otros países avanzados desde hacía muchos años, con resultados positivos.

La acogida que se iba a dispensar a tal práctica, en nuestros centros, no iba a ser uniforme, por supuesto. Según nos parece recordar, algunos se mostraron partidarios de ella, mientras que otros se declararon abiertamente enemigos, por pensar que aquella innovación no iba a servir de ayuda a la

* Catedrático de I.B. «Ntra. Sra. de Brugués» de Gavá (Barcelona). Ex profesor de formación manual.

formación científica o humanística del joven alumnado. Pero en cualquier caso, por encima de partidismos y de aversiones personales, estuvo el juicio sereno de quienes, analítica y desapasionadamente, aceptaron abiertamente el hecho, subrayando su parte positiva y viéndolo bajo dos ópticas distintas, basadas en el criterio constructivo: la asignatura tenía un *carácter pragmático*, pues servía para formar a los alumnos en algún aspecto. Y no era nada despreciable el *carácter recreativo* de aquélla, cosa importante por suponer una distracción que compensaba el esfuerzo intelectual de los chicos, deseosos de descansar del mismo variando sus actividades.

Los más entendidos pretendían ir mucho más lejos en sus elucubraciones. Para ellos, «una persona realmente hábil se habría abierto una nueva dimensión, enriquecedora de la propia personalidad». Y «en la sociedad no habría tantos grupos de inadaptados, si todos los individuos de este gran colectivo que es la humanidad, fueran hombres de destreza, acostumbrados a crear desde su infancia cosas bellas y útiles, empleando sus manos»...

La historia de la manualización de libre inspiración, llevada a cabo espontáneamente, sin ningún tipo de directrices o imposiciones, es, desde luego, tan antigua como el género humano mismo. En toda época y lugar ha habido hombres y niños entretenidos en realizar por puro agrado objetos utilitarios o artísticos. Pero el trabajo manual *educativo*, tal y como es entendido, no empezó a ser un hecho hasta poco después de finalizar la Primera Guerra Mundial, cuando, en Alemania, una asociación (1) constituida para promover la actividad mencionada, pudo lograr que se incluyeran los trabajos manuales en los planes de estudios escolares.

Si se valoran la distancia de tales orígenes en el tiempo, y el desarrollo alcanzado por las manualidades (tanto en el país germano como en otras naciones) durante casi medio siglo, antes de instituirse en España como disciplina ordinaria, podremos convenir en que la adopción hecha por nuestra enseñanza, en este respecto, es bastante tardía, lo que parece inexplicable.

Desafortunadamente, la problemática de esa práctica no fue ni es el retraso en la incorporación. Los problemas fueron y siguen siendo de orden económico y afectan hoy a la EGB del mismo modo que afectaron a la enseñanza media de aquella época cuyos planes de estudio están hoy caducados.

Para desarrollar la formación manual verdadera es preciso que los centros dispongan de espacios adecuados, con mobiliario especial y los correspondientes equipos de herramientas. Se trata de instalar con generosidad lo que algunos llaman simplemente «talleres» y otros denominan «aulas-taller». Será en esos locales idóneos —o al menos improvisados— donde los alumnos podrán realizar todas aquellas operaciones que se precise, sin temor a dañar las mesas o a que los ruidos se oigan desde las demás piezas del edificio, que serán aulas comunes. En las «aulas-taller» —apartadas o insonorizadas— se podrán manejar el martillo, el serrucho y herramientas de ese tipo, que hoy día solamente en algunos centros privilegiados —generalmente los mejores entre los no estatales— se utilizan.

(1) Tal asociación se llamó *Deutscher Verein für Knabenhandarbeit*.

Muy pocos fueron los institutos que dispusieron de esos medios ideales o que pudieron improvisarlos. Y por esa razón, la formación manual tuvo en la enseñanza media (salvo muy honrosas excepciones) una vida precaria, plagada de dificultades. Y hoy, recordando, se puede considerar que, finalmente, aquella disciplina o práctica recreativa y amena, no fue, dentro de nuestro ámbito, sino una de esas raras piezas que forzosamente habían de terminar encajando en el mosaico de las frustraciones y olvidos inmediatos.

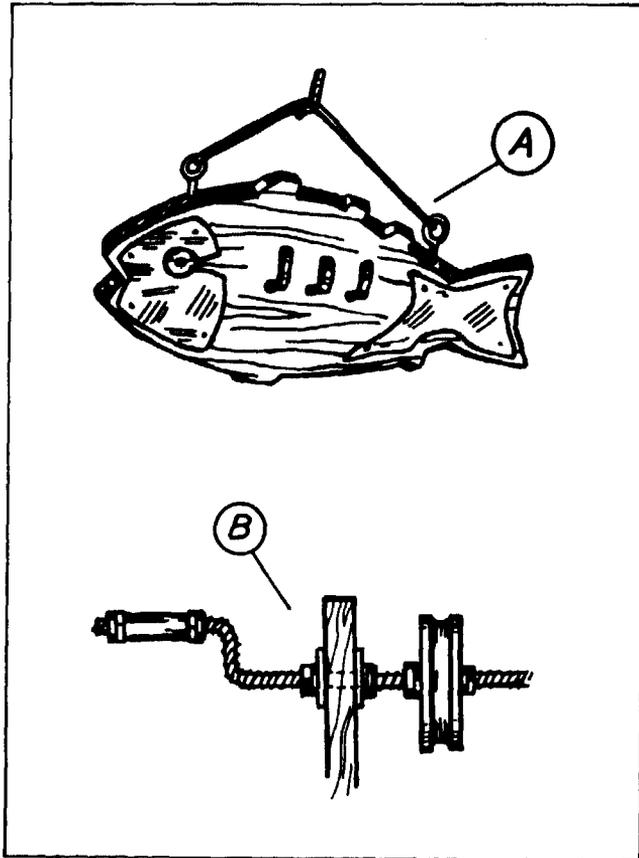
La desatención de la administración hacia las manualidades después de instituir las; o su impotencia para atenderlas debidamente, por motivo de insolubles problemas económicos, tuvo, efectivamente, unas consecuencias negativas.

Hoy, la manualización se sigue practicando en otros niveles de enseñanza. Pero los problemas subsisten. La falta de medios hace que actualmente en las escuelas, formación manual o pretecnología sean sinónimos de trabajos de marquetería casi exclusivamente. La pobreza de medios se nota a nivel de alumno como a nivel de establecimiento docente, en esta peculiar parcela.

La formación manual no debe consistir en hacer casi exclusivamente trabajos de contraplacado, de cartón o de palillos pegados. Esta actividad tiene grados diversos y progresivos. Cuando los educandos son muy pequeños, los ejercicios serán proporcionalmente sencillos. A medida que los chicos crecen, las tareas se vuelven más complicadas. Así, los de preescolar, pueden hacer figuras clavando mondadientes en bolas de plastilina o en frutos blandos o tubérculos. En la primera etapa de EGB, los ejercicios bidimensionales o tridimensionales en tablilla o cartón, los palillos pegados formando estructuras, los trabajos en cuero o eskái y un largo etcétera, son adecuados, utilizándose primordialmente tijeras, arco de calar, pequeñas escofinas y lijás, martillo pequeño, y pocos utensilios más, de los que a veces se puede prescindir. En la última etapa de EGB, en cambio, conviene fomentar el trabajo con los materiales clásicos de cierta dureza (maderas, chapa, alambres, trefilados), empleándose toda suerte de utensilios convencionales, como son el serrucho, las escofinas y limas, las cizallas de cortar chapa, la taladradora de manivela... Solamente así el alumno logrará el adecuado ejercicio manual que le educará en habilidad y podrá realizar tanto trabajos de carácter artesanal, decorativo (ver fig. A) como de intención puramente pretecnológica (ver fig. B), de los que ofrecemos abajo sendos ejemplos ilustrativos, de los muchos que podrían proponerse.

En cuanto a estudios o grados superiores de la EGB, ya hemos visto cómo en la enseñanza media, al caducar el plan de estudios anterior al del actual BUP, las manualidades desaparecieron, sin que se haya vuelto a oír hablar de ellas en el sentido de una posible reimplantación de las mismas en nuestro nivel, idea que por el momento parece inadecuada o inviable. Pero no estará de más pensar en aquellos países —por ejemplo los escandinavos— en los que la asignatura ha seguido existiendo también en los niveles altos, como materia optativa, orientada hacia el bricolaje casero. Aprendizaje peculiar éste, que hoy podría interesar a muchos, dado que cada día es más necesario practicarlos en casa, para solucionar las averías que se produzcan en las instalaciones y para hacer aquellas mejoras que tengan solución ma-

nual y puedan realizarse individualmente. La idea de poner en nuestros centros modestos obradores de artesanía o de prácticas «bricolajísticas», o ambas cosas a la vez, es una sugerencia útil cuya materialización podría dar sus frutos. No todos estarán de acuerdo con tal suposición. Mas, en cualquier caso, la experiencia podría negarlo o afirmarlo.



Ejemplos de manualización para chicos entre 12 y 14 años, cuya realización requerirá el empleo de herramientas.

(A).—Trabajo manual de concepto artesanal. Se trata de un objeto para colgar llaves, realizado con tabla gruesa, dos piezas de chapa pulidas y barnizadas, un cordón o cadena decorativa, dos armellas latonadas y tres escarpías de forja (negras).

(B).—Trabajo de concepción puramente pretecnológica. Es un manubrio para mecanismo móvil. Una delgada espiga roscada, acodada convenientemente, tiene un tubito holgado y dos pares de tuercas bloqueadas, como mango de la manivela. Otros dos pares de tuercas bloqueadas y dos arandelas holgadas son toques de giro de la espiga introducida por el tablero vertical. Otras cuatro tuercas aprisionan con firmeza la polea consistente en una rueda de tendadero (plástico, asequible en las ferreterías) o en un carrete de cinta para máquina de escribir. Lo aquí mostrado es un detalle parcial del montaje pretecnológico total.